

dependía el éxito de la batalla. Lannes y Murat, á la izquierda, al oír los cañonazos de Pratzen atacaron á su vez; ya habían tenido que habérselas con grandes masas de caballería y una artillería formidable que les ocasionó muchas pérdidas. «Una descarga cerrada destrozó por completo la banda de tambores del primer regimiento de Caffarelli,» siendo contestada por la artillería francesa. En este combate perdió una pierna el general Valhubert, y como algunos soldados quisieran llevársela, les dijo: «Continuad en vuestro sitio, que yo sabré morir solo; por un hombre no se han de perder seis.»

Mientras tanto, por esta parte, los Rusos se habían visto obligados á retroceder, dejando 4.000 hombres en poder de los Franceses. En el centro, hacia la meseta de Pratzen, el combate se había hecho más vivo, pues comprendiendo los Rusos la falta cometida, querían conservarla á todo trance. En este momento tuvo lugar un sangriento combate entre la caballería de la guardia imperial rusa y la de la guardia imperial francesa, formada por los cazadores y los mamelucos á las órdenes del general Rapp, y los granaderos de Bessieres, durante el cual un mameluco se presentó tres veces ante el Emperador trayéndole un estandarte enemigo; á la tercera, éste quiso detenerle, pero se lanzó de nuevo á la carga y pereció en ella. También llegó al galope el general Rapp, cubierto de sangre, y presentó á Napoleón el príncipe Replin, á quien había hecho prisionero.

Tres regimientos de infantería de línea rechazaban, en tanto, á la infantería de la guardia rusa, y la meseta de Pratzen caía en poder de los Franceses á la una de la tarde, en cuya hora la victoria estaba asegurada, pues el ataque de Soult á la meseta había fraccionado en tres partes al ejército enemigo. Lannes, Bernadotte y Murat destruyeron la derecha, arrojándola sobre Austerlitz; atemorizada la izquierda al verse cortada y atacada su retaguardia por Soult, vacila y busca la retirada; pero Davout, que hasta entonces se había mantenido á la defensiva, la ataca á su vez, y entonces empiezan á arremolinarse sus regimientos y algunos se precipitan en loca carrera hacia las heladas lagunas de Menitz, para ganar el camino de Brunn. Napoleón manda á su artillería disparar con bala sobre el hielo de las lagunas, que se quiebra y sepulta á los fugitivos. La heroica resistencia de la división de Doctoroff salva todo lo que quedaba del ala

izquierda rusa. En esta batalla el ejército ruso, que tan segura creía la victoria y que con tanto valor había peleado, sufrió la pérdida de 20.000 hombres entre muertos y heridos, igual número de prisioneros, entre ellos diez coroneles y diez y ocho generales, y doscientos cañones. Los Franceses, por su parte, perdieron siete mil hombres, muertos ó heridos, entre los que se contaban el general Valhubert y los coroneles Morland y Mazas. «He dado treinta batallas como ésta,

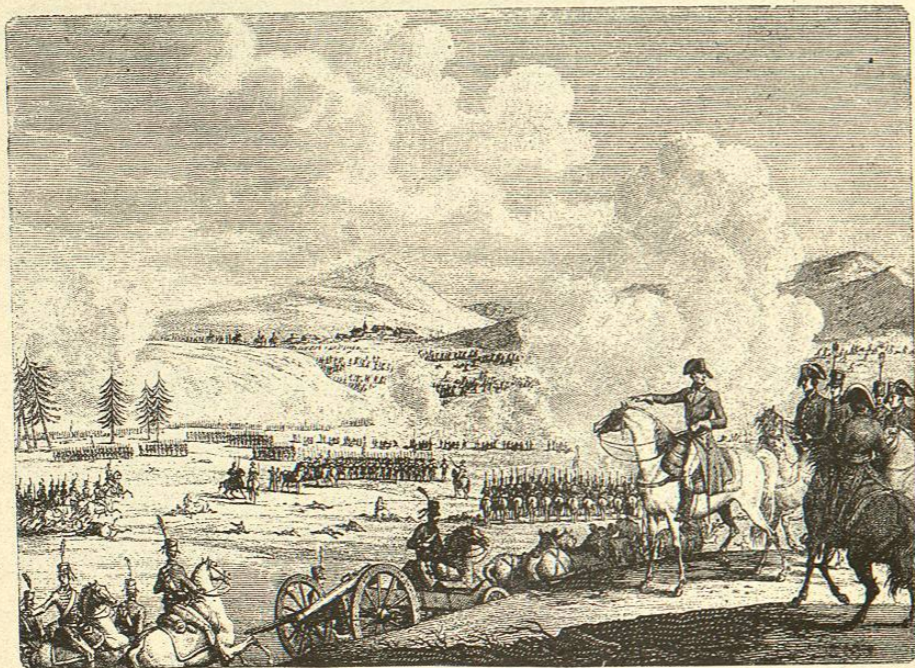


Napoleón dando la señal para comenzar la batalla de Austerlitz. (Cuadro de Carlos Vernet)
El Emperador, acompañado del príncipe Murat y de los mariscales Berthier, Bessieres y Bernadotte, transmite sus órdenes para el combate

— decía Napoleón, — pero no había visto ninguna en que la victoria, desde un principio, se haya declarado más decididamente y las probabilidades hayan estado más en favor nuestro.» Austerlitz es, en efecto, el nombre más glorioso de la historia militar de Francia. Los soldados habían sido dignos de su jefe; Napoleón les dirigió, el mismo día de la batalla, la siguiente proclama:

«Soldados: Estoy satisfecho de vosotros; en la jornada de Austerlitz habéis justificado plenamente todo lo que yo esperaba de vuestro probado valor; quedan vuestras águilas cubiertas de inmarcesible gloria. En menos de cuatro horas habéis destruído ó puesto en dispersión un ejército de 100.000 hombres, mandados por los emperadores de Austria y de Rusia. Los que han escapado de vuestras bayo-

netas, se han ahogado en las lagunas; 40 banderas, los estandartes de la guardia imperial de Rusia, 120 cañones, 20 generales y más de 30 000 prisioneros son el resultado de esta gloriosa jornada. Esa infantería tan renombrada y tan superior en número, no ha podido resistir á vuestro ímpetu, y de aquí en adelante no tenéis ya enemigos que temer. De esta manera ha quedado vencida y disuelta, en dos meses, esta tercera coalición. La paz está próxima, pero conforme prometí á mi pueblo antes de pasar el Rhin, sólo firmaré una paz que nos dé suficientes garantías y asegure á nuestros aliados las debidas recompensas. Solda-



Batalla de Austerlitz. (Dibujo de Swebach, grabado por Duplessis-Bertaux)

dos, cuando hayamos realizado todo lo necesario para asegurar la dicha y la prosperidad de nuestra patria, regresaremos á Francia y en ella seréis objeto de mis cuidados más solícitos; mi pueblo os recibirá con alegría, y bastará que digáis: — ¡Yo estuve en Austerlitz! — para que todos os respondan: — ¡He aquí un valiente! »

Napoleón tenía la facultad de saber hablar á sus enemigos del mismo modo que á sus soldados. En lo más recio del combate presentáronle un joven oficial de artillería de la guardia rusa, llamado Apraxin, á quien los cazadores habían hecho prisionero, el cual, muy agitado, llorando y retorciéndose las manos, le dijo: « ¡He perdido mis cañones, estoy deshonrado, mandadme fusilar, Señor. — Joven,



Batalla de Austerlitz (2 de Diciembre de 1805). (Cuadro de Gerard, en el museo de Versalles, tomado de un grabado de Couché hijo y Bovinet)

El príncipe Repnin, prisionero

El general Rapp

Napoleón

le respondió el Emperador, hago justicia á vuestro dolor, pero os advierto que se puede ser vencido por mi ejército y conservar el derecho á la gloria.» Napoleón hizo publicar esta anécdota en el *Boletín 51.º* del Grande-Ejército. De este modo ensanchaba el espíritu de sus sol-



Entrevista de Francisco II y de Napoleón en Austerlitz. (Cuadro de Prud'hon. Museo del Louvre)

dados, complaciéndose además su natural generosidad en demostrar aprecio y simpatía á un enemigo tan valiente como desgraciado.

Esta batalla apartó á los vencidos del camino de Olmutz y de Bohemia, huyendo en desorden hacia Hungría, donde les quedaba la débil esperanza de reunirse con el archiduque Carlos, detenido en el Raab; pero Davout salió en su persecución, alcanzándolos en Moravia, y como los restos de Austerlitz no podían prolongar la lucha, el emperador Francisco solicitó una entrevista con Napoleón para poner